

EL UNIVERSO de FREDRIC BROWN

FREDRIC BROWN



Selección de relatos cortos.

EL UNIVERSO DE FREDRIC BROWN

Fredric Brown

PRESENTACIÓN

Era un tipo menudo y reservado que se ganaba la vida como linotipista (véase «Etaoin Shrdlu») en Wisconsin antes de convertirse en escritor profesional; bebía demasiado, igual que prácticamente todos los escritores (y muchas escritoras) de su tiempo, y se enfrentaba al bloqueo del escritor viajando en autobuses de la Greyhound por todo el continente durante un par de semanas: se sentaba en la última fila y, mientras las sombras y los paisajes nocturnos pasaban etílicamente junto a él, su subconsciente se desbocaba. Se ofreció a enseñarle a uno de sus dos hijos todo lo que sabía sobre el oficio de escribir ficción, a darle un curso completo y exclusivo. Su hijo rehusó. (Una sabia decisión). En la época en la que se publicó *Universo de locos*, esa gran novela sarcástica sobre los fans, le comentó a Phil Klass: «Nos están invadiendo, Phil. Los fans quieren entrar en el negocio, quieren escribir y editar; nos arrollarán y se harán los dueños de todo en menos de veinte años. No podremos hacer nada para evitarlo». Era el año 1948. *Universo de locos*, en efecto, mete a su protagonista en medio de las estructuradas fantasías de los aficionados a la ciencia ficción y lo pasea por un escenario con extraterrestres y un montón de problemas. ¡Eso sí que es proyectar fantasías! Y sin embargo, Brown era un tipo afable y discreto, se mantenía generalmente apartado de convenciones y ajeteo social, y no tenía mucha relación con nadie aparte del grupo de escritores de Milwaukee del que había surgido, y más

tarde, con unos cuantos expatriados a México como Mack Reynolds, con quien colaboró de vez en cuando. No era exactamente un ermitaño, pero sí un iconoclasta y uno de los pocos escritores destacados de ciencia ficción sobre los que se conocen pocos detalles personales.

Unos pocos detalles curiosos sobre Fred Brown (1906-1972): sigue siendo, posiblemente, el único escritor que puedo recordar que alcanzó igual relevancia en misterio y en ciencia ficción. Muchos autores de ciencia ficción han escrito obras de misterio (empezando por Isaac Asimov y Harry Harrison) y muchos autores de misterio han escrito ciencia ficción (Bill Pronzini, Larry Block, Donald E. Westlake, Evan Hunter), pero su reputación, sus logros más significativos y el reconocimiento que han alcanzado pertenecen claramente a uno u otro campo. Brown es la excepción. Su primera novela, *La trampa fabulosa*, le valió el primer premio Edgar (1947) a la mejor novela de misterio de un debutante, y publicó más de una docena del mismo género, algunas muy conocidas. Al mismo tiempo, *Universo de locos*, «*Arena*» y *Marciano, vete a casa* (que conoció una mala adaptación al cine hace unos años) son historias de ciencia ficción importantes. Brown publicó más cuentos que se hicieron famosos además de «*Arena*»: «*Las ondulaciones*», una versión corta de *Marciano, vete a casa*; «*Placet me complace*», «*Carta a un fénix*», etc. Y se lo considera generalmente el mejor escritor de ultracortos de toda la historia de la ciencia ficción; su dominio de la técnica del esbozo era absoluto, y hay relatos brevísimos como «*El arma*» o «*Solipsismo*» cuyos argumentos y desenlaces parece conocer cualquiera, tanto si puede identificar al autor como si no. (El más famoso, por supuesto, es aquel relato de doscientas palabras en el que un nuevo ordenador se enfrenta a la pregunta de si existe Dios con un relámpago que funde el interruptor y la frase «*Ahora sí*». Para confirmar mi afirmación anterior, no recuerdo el título, aunque, naturalmente, está en uno de estos tomos; pero no me hace falta buscarlo

en el índice para decir alto y claro que lo he recordado durante más de cuarenta años. Ese relato y «El arma» son probablemente los dos mejores relatos «de advertencia» que ha dado la ciencia ficción. (Un paréntesis detrás de otro: su título es «Respuesta»).

Un hecho particularmente notable e interesante es que Brown era tan hábil y prominente en ambos géneros que resulta imposible determinar cuál de ellos fue su género principal; sólo esto hace que su obra y su contribución sean probablemente irrepetibles y desde luego inconmesurables. Como ha ocurrido con casi todos los autores de ciencia ficción de su generación, exceptuando a los cinco o diez más famosos, sus obras han dejado de editarse casi por completo en las últimas décadas; de vez en cuando, sus cuentos cortos siguen apareciendo en antologías (muy en particular en los veinticinco volúmenes de *Great SF Stories 1939-1963* que Greenberg y Asimov seleccionaron entre 1979 y 1992), pero sus novelas no han visto la luz en mucho tiempo (Bantam publicó *Universo de locos* a finales de los años setenta, y *Baen, Marciano, vete a casa* en 1992, pero no ha vuelto a aparecer nada desde entonces, ni lo hizo entre los setenta y la reedición de *Baen*). A mediados de los años noventa se llevó al cine *Marciano, vete a casa*, sin ningún acierto, en una versión en la que el tratamiento amargo y casi brutal de su premisa absurda se pierde completamente (convirtiendo la historia en una patochada), y un número increíble de sus relatos breves han servido de inspiración para cortos y trabajos estudiantiles en otros países. Los conceptos de Brown tal vez sean demasiado sardónicos y despersonalizados para permitir su dramatización, pero esta consideración no ha impedido que su obra ejerza siempre un atractivo irresistible entre los directores de cine y guionistas jóvenes.

Como casi todos los autores satíricos, Brown era profundamente cínico y carecía de fe en la humanidad y en su potencial; esta creencia se refleja en casi toda su obra, desde

«El salón de los espejos» a «Luna de miel en el Infierno» o «El arma». («Carta a un fénix» es una excepción; en ese relato de Astounding de 1949 sostiene que, aunque la humanidad no tiene remedio, tampoco es posible contenerla, un poco como las cucarachas cósmicas de Phil Klass en *Of Men and Monsters*), y puede identificarse en su versión más pura y aterradora en «Ven y enloquece», un cuento de 1949 en el que un paciente de un psiquiátrico, que podría haber sido Napoleón en una existencia previa, es torturado por sueños y ataques que muestran lo paradójico de esa posibilidad; el debate termina con el narrador diciendo lo siguiente: «No importa. ¿No lo entendéis? ¡Nada importa!». Si semejantes frases no tuvieron demasiado sentido para mí cuando un amigo me hizo leer el relato en 1952, ahora, desde luego, sí que lo tienen.

¿Tiene sentido la carrera de Brown? Profeta del absurdo, sufrió un grave ataque al corazón a principios de la década de 1960, dejó de publicar tras su pequeña colaboración con Carl Onspaugh en 1965 y se sumió en el silencio en Taos (Nuevo México); el silencio de un exiliado, pero carente de malicia. Como ocurre con el resto de aquellos autores, su obra permanece aún por redescubrir; los valientes y nobles miembros de la NESFA han hecho lo que han podido; a partir de ahora es responsabilidad vuestra. Si nada importa, entonces todo importa. «El arma» nos da esa lección, dura y rigurosa, una lección más allá de la arena, que deja a un lado los marcianos y se ocupa de ese corazón extinguido en el polvo.

Barry N. Malzberg
Nueva Jersey, abril de 1999

ABOMINABLE

Sir Chauncey Atherton se despidió de los guías *sherpas*, que iban a acampar allí y dejarle continuar solo. Estaban en tierras del Abominable Hombre de las Nieves, varios centenares de kilómetros al norte del monte Everest, en el Himalaya. Los Abominables Hombres de las Nieves se habían dejado ver ocasionalmente en el Everest y en otras montañas tibetanas o nepalesas; pero el monte Oblimov, al pie del cual dejaba ahora a sus guías nativos, estaba tan lleno de ellos que ni siquiera los *sherpas* se atrevían a escalarlo; aunque le aseguraron que esperarían allí su regreso, en el caso de que regresara. Había que ser muy valiente para aventurarse más allá de aquel punto, sir Chauncey era muy valiente.

Además, era un verdadero perito en cuestión de mujeres, razón por la que se encontraba allí y a punto de intentar, en solitario, no sólo una peligrosa ascensión sino también un rescate aún más peligroso. Si Lola Grabaldi aún vivía, se hallaba en poder de un Abominable Hombre de las Nieves.

Sir Chauncey nunca había visto a Lola Grabaldi en persona. En realidad, hacía menos de un mes que se había enterado de su existencia, al ver la única película cinematográfica que ella había protagonizado, y gracias a la cual se convirtió súbitamente en un personaje legendario, en la mujer más hermosa de la Tierra, en la estrella cinematográfica más encantadora que Italia había engendrado jamás; y

sir Chauncey no lograba comprender que siquiera Italia lo hubiera hecho. En una sola película reemplazó a la Bardot, la Lollobrigida y la Ekberg como la imagen de la perfección femenina en la mente de todos los peritos del mundo, y sir Chauncey era el mejor perito del mundo. En cuanto la vio en la pantalla, comprendió que debía verla en persona, o morir en el intento.

Pero, entonces, Lola Gabraldi ya había desaparecido. A fin de tomarse unas vacaciones después de su primera película, hizo un viaje a la India y se unió a un grupo de escaladores que pensaban conquistar el monte Oblimov. El resto del grupo había regresado, pero Lola no. Uno de ellos testificó haberla visto, a demasiada distancia para alcanzarla a tiempo, secuestrada, arrastrada a la fuerza por una peluda criatura, más o menos humana, de casi tres metros de estatura. Un Abominable Hombre de las Nieves. El grupo la había buscado varios días antes de darse por vencidos y regresar a la civilización. Todo el mundo coincidía en afirmar que, ahora, ya no había ninguna posibilidad de encontrarla con vida.

Todo el mundo menos sir Chauncey, que inmediatamente había volado de Inglaterra a la India.

Nada pudo detenerle, y ahora ascendía hacia la región de las nieves eternas. Y, además del equipo de alpinismo, llevaba el pesado rifle con el que, sólo un año antes, había cazado tigres en Bengala. Si el arma podía matar tigres, razonaba, también podía matar Hombres de las Nieves.

La nieve se arremolinaba en torno suyo mientras avanzaba hacia la línea de nubes. De repente, a unos doce metros de él, que era hasta donde su vista alcanzaba, divisó una monstruosa figura que no era totalmente humana. Alzó el rifle y disparó. La figura cayó, y siguió cayendo; se hallaba al borde de un precipicio de varios miles de metros de altura.

Y, en el mismo momento del disparo, unos brazos se cerraron en torno a sir Chauncey. Unos brazos gruesos y pelu-

dos. Y después, mientras una mano le inmovilizaba fácilmente, la otra le arrebató el rifle y lo dobló en forma de L con la misma facilidad que si se tratara de un palillo, tirándolo después.

Se oyó una voz procedente de un punto situado a unos sesenta centímetros por encima de su cabeza.

—Estate quieto y no te pasará nada.

Sir Chauncey era un hombre valiente, pero una especie de gemido fue todo lo que pudo articular, pese a la aparente garantía de las palabras. La criatura situada a su espalda le mantenía tan fuertemente apretado contra sí, que no pudo alzar ni volver la mirada para ver que cara tenía.

—Te lo explicaré —dijo la voz a sus espaldas—. Nosotros, a los que llamáis Abominables Hombres de las Nieves, somos humanos, pero transmutados. Hace muchos siglos formábamos una tribu, igual que los *sherpas*. Por casualidad descubrimos una droga que nos permitió cambiar físicamente y adaptarnos, gracias a un aumento de estatura, pilosidad y otros cambios fisiológicos, a un frío y una altitud extremos, así como trasladarnos a las montañas, a regiones donde otros no pueden sobrevivir, excepto los pocos días que dura una expedición de alpinismo. ¿Lo entiendes?

—S-s-sí —consiguió articular sir Chauncey. Comenzaba a entrever un rayo de esperanza. ¿Acaso la criatura iba a explicarle estas cosas, si pensara matarle?

—En este caso, continuaré. Nuestro número es reducido, y cada día lo es más. Por esta razón ocasionalmente capturamos, tal como te hemos capturado a ti, a un alpinista. Le damos la droga transmutadora, sufre los cambios fisiológicos y se convierte en uno de nosotros. De este modo mantenemos nuestro número relativamente constante.

—P-pero —balbució sir Chauncey— ¿acaso es eso lo que le ha sucedido a la mujer que estoy buscando, Lola Grabaldi? ¿Acaso es ahora... peluda, de casi tres metros de estatura, y...?

—Lo era. Acabas de matarla. Un miembro de nuestra tribu la había tomado como compañera. No nos vengaremos de ti por haberla matado; pero ahora debes ocupar su lugar.

—¿Ocupar su lugar? Pero... yo soy un hombre.

—Me alegro de que lo seas —dijo la voz a sus espaldas. Se vio obligado a girar bruscamente, y se encontró frente a un enorme cuerpo peludo, con la cara al mismo nivel de dos montañosos senos peludos—. Me alegro de que lo seas... porque yo soy una Abominable Mujer de las Nieves.

Sir Chauncey se desmayó, siendo inmediatamente recogido y alzado en brazos, con la misma facilidad que si de un osito de juguete se tratara, por su nueva compañera.

FIN

ABSURDOS

Mr. Weatherwax untaba cuidadosamente de mantequilla su tostada. Su voz era firme:

—Querida, quiero que esto quede bien claro: a partir de ahora no habrá más lecturas embrutecedoras de éstas en nuestro apartamento.

—Pero Jasson, yo no lo sabía.

—Comprendido. Pero es de tu responsabilidad saber lo que lee tu hijo.

—Lo vigilaré más, Jasson. No le vi traer esta revista. No sabía que estaba ahí.

—Tampoco yo lo sabía si ayer noche no moviera por casualidad un cojín del sofá. La revista estaba disimulada debajo y por supuesto le eché una ojeada.

Las puntas del bigote de Mr. Weatherwax se estremecieron de indignación.

—Nociones ridículas, ideas imposibles. Ciencia ficción ¡Ah! ¡Qué bonita es su ciencia!

Apuró un trago de café para calmarse.

—¡Ridículas vanidades! ¡Qué cosas más absurdas! ¡Viajes a otras galaxias gracias a la cuarta dimensión! ¡Máquinas para viajar en el tiempo, teleportación, telekinesia...! ¡Bobadas, nada más que bobadas!

—Querido Jasson —dijo su mujer esta vez con un poco de dureza—. Yo te garantizo que a partir de ahora vigilaré las lecturas de Gerard. Tienes toda la razón.

—Gracias, querida —contestó Mr. Weatherwax calmado—. La juventud no debería verse envenenada por esas ideas contaminantes.

Miró su reloj, se levantó con prisa, besó a su mujer y salió.

En la puerta del apartamento se dejó deslizar lentamente por el pozo antigravitación y flotó hacia el bajo de los 200 pisos, hasta la calle donde tuvo la suerte de detener inmediatamente un taxi atómico. Dio al chofer-robot los datos del astropuerto lunar. Luego descansó y cerró los ojos para captar el boletín telepático. Esperaba oír las noticias de la cuarta guerra marciana, pero no era más que un informe del Centro de inmortalidad: entonces él sprultó.

FIN

AFICIÓN

—He oído un rumor —comentó Sangstrom—, relativo a que usted... —volvió la cabeza y miró a todos los lados para estar completamente seguro de que él y el droguero estaban solos en la farmacia. El droguero era un hombrecillo con aspecto de gnomo, su edad podía ser cualquiera entre los cincuenta y los cien años. Estaban solos; pero, de todos modos, Sangstrom bajó la voz—: relativo a que usted tiene un veneno que no deja rastro alguno.

El droguero asintió. Salió del mostrador, cerró la puerta principal y se dirigió a una puerta en la parte posterior.

—Estaba a punto de tomar mi café —explicó—. Acompañeme a tomar una taza.

Sangstrom le siguió a un cuarto en la parte posterior, cubierto por estantes de botellas, desde el piso hasta el techo. El droguero enchufó una cafetera eléctrica, trajo dos tazas y las depositó en una mesa que tenía una silla a cada lado. Indicó una a Sangstrom y él tomó asiento en la otra.

—Bien —señaló—, dígame, ¿a quién desea matar y por qué?

—Eso no importa. ¿No es suficiente que le pague por...?

El droguero le interrumpió levantando una mano.

—Sí, importa. Debo estar convencido de que usted merece lo que puedo darle. De otro modo... —se encogió de hombros.

—Muy bien —aceptó Sangstrom—. Se trata de mi mujer. El porqué... —Empezó la larga historia. Antes de llegar al final, la cafetera terminó su tarea y el droguero interrumpió brevemente la historia, para servir el café. Sangstrom concluyó su narración.

—Sí —asintió el pequeño droguero—, ocasionalmente proporciono un veneno que no deja rastro. Lo hago sin coste alguno, si creo que el caso lo requiere. He ayudado a muchos asesinos.

—Bien —urgió Sangstrom—, démelo entonces, por favor.

—Ya lo he hecho —sonrió el droguero—. Para cuando el café estuvo listo, ya había decidido que usted lo merecía. Como le dije, es sin cargo alguno. Pero el antídoto tiene un precio.

Sangstrom palideció y tomó sus precauciones, no contra las palabras que pronunciara el droguero sino contra la posibilidad de una traición o alguna forma de chantaje. Sacó una pistola de su bolsillo.

El droguero rió quedamente.

—No se atreverá a usar eso. ¿Podría encontrar el antídoto —señaló los estantes— entre tantos millares de botellas? ¿O quizá encontraría un veneno más rápido y virulento? Si cree que estoy fanfarroneando, que no está realmente envenenado, dispare entonces. Sabrá la respuesta dentro de tres horas, cuando el veneno empiece a hacer su efecto.

—¿Cuánto por el antídoto? —gimió Sangstrom.

—Un precio razonable. Mil dólares. Después de todo, hay que vivir. Aunque sea un aficionado a evitar asesinatos, no hay razón para no sacar una pequeña ganancia de ello, ¿no cree?

Sangstrom gruñó y bajó la pistola, pero la dejó al alcance de la mano, mientras sacaba la cartera. Quizá después de conseguir el antídoto podría usarla. Contó mil dólares en billetes de cien y los puso sobre la mesa.